

FAUSTA GANTÚS, *Caricatura y poder político. Crítica, censura y represión en la Ciudad de México, 1876-1888*, México, El Colegio de México, Instituto Mora, 2009, 442 pp. ISBN 978-607-462-051-1

Conocí este libro de Fausta Gantús desde que se estaba gestando como tesis de doctorado, allá por los primeros años de este milenio. Tuve la suerte de seguir su evolución hasta su última versión mecanoscrita, ya prácticamente armada como libro, y finalmente como tal, con todo y sus 442 páginas. Se dice fácil, pero para quienes nos dedicamos a esa mezcla tan fértil de la historia política y la historia cultural, un libro como éste no sólo es un gran logro, sino que me atrevería a calificarlo como una proeza. Y lo es no sólo por lo prolífico de las fuentes a las que es posible recurrir de un país como el México de la segunda mitad del siglo XIX, sino también por lo complicados que resultan los mensajes cruzados entre la acción y el pensamiento políticos con su interpretación lúdica y crítica, muchas veces confusa y críptica, pero también muchas veces amable y agudamente irónica. Periódicos y personajes, situaciones comprometidas y comprometedoras, fidelidades, censuras, imaginarios, símbolos, marcos legales y hasta un poco de “psicología” van y vienen en este libro que es, sin duda, uno de los trabajos más completos escritos hasta hoy sobre la prensa y el poder en México.

Con gran atención en el detalle y con un particular rigor, el texto de Fausta Gantús se centra, como su título lo indica, en las relaciones entre la prensa y el poder político durante los primeros años del porfiriato, concretamente durante la llamada etapa tuxtepecana. En términos generales y a lo largo de los seis capítulos que lo componen, descontando la introducción y las consideraciones finales, el lector puede internarse en los principales procesos, tanto legales como ilegales, que caracterizaron esta especie de “guerra de papel” que libraron los gobiernos de Sebas-

tián Lerdo de Tejada, Porfirio Díaz, y Manuel González en contra de la prensa crítica y particularmente en contra del pequeño, pero muy aguerrido, gremio de los caricaturistas. Tal vez el principal mérito de este trabajo es demostrar que la caricatura es una fuente histórica tan respetable como cualquier otra y que muchas veces puede ser el detonante para la procuración y obtención de información, particularmente valiosa tanto de la historia política como de la historia social mexicanas. No se diga para la historia del arte gráfico y del propio humor, comprometido con tal o cual causa ministerial o de gobierno.

Con una mirada acuciosa y un afán explicativo muy puntual, Fausta Gantús desbroza los múltiples sentidos que adquiere la propia fuente hemerográfica, poniendo especial énfasis en los contextos que generan las caricaturas y las reacciones que suscitan en los propios círculos del poder. Como bien lo dice en sus reflexiones finales, la pretensión de entender la caricatura se logra plenamente a partir de su “triple connotación: como táctica de confrontación entre grupos políticos, como estrategia de acción del periodismo en sus relaciones con el gobierno, y como espacio de conformación y control de los imaginarios colectivos” (p. 363).

En primer lugar es de destacar el enorme acopio de caricaturas realizado por F. Gantús, lo que le permitió no sólo identificar caricaturistas, temas recurrentes o personalidades proclives a ser caricaturizadas, sino también hacer una especie de disección de la función social que la caricatura tuvo durante el periodo estudiado. Las cifras y cuadros que aparecen en el primer capítulo son muy elocuentes y muestran la versatilidad que caracterizó esa relación entre prensa y poder. El estudio y la presentación de cada uno de los caricaturistas que aparecen en el segundo capítulo resulta de gran utilidad ya que muestra orígenes sociales, capacidades y logros de cada miembro de este gremio naciente, lo que permite al lector reconocer puntualmente las condiciones en las cuales trabajaron, así como su vinculación o confrontación con

el propio medio de la prensa y desde luego con el poder. El activismo de este grupo pareciera ser una de las preocupaciones clave de los círculos gubernamentales, que lo explica la constante intención de los mismos de poner cotos y límites a su libertad de expresión. Si bien la problemática de la censura, la represión, las trampas y los desvíos que permearon las relaciones entre la prensa caricaturesca y los gobiernos de Lerdo, Díaz y González es revisada con detalle en el capítulo cuarto, el apartado anterior se centra en un aspecto de las ilustraciones reunidas por demás relevante: la construcción de símbolos e imaginarios sociales.

Es este capítulo tercero un estudio por demás original que toca una de las fibras más sensibles del entorno social al que Porfirio Díaz termina por traicionar en su afán de reelegirse. La caricatura sirve para pulsar un aspecto poco sujetable de los procesos sociales, que es la transferencia del imaginario a la realidad y de regreso, de la realidad al imaginario. Este capítulo es una clara muestra de las potencialidades de un trabajo de esta índole. Las múltiples aproximaciones al fenómeno de las caricaturas y su relación con el poder quedan expuestas de manera clara y rigurosa, permitiendo una explicación por demás convincente tanto de los cambios en el interior de la prensa como de las propias intenciones de los gobernantes. El uso de los símbolos, en particular los de la espada y la silla presidencial, merecen una especial atención y un verdadero aplauso a quien escribe este texto.

Fue muy común, desde la segunda mitad del siglo XIX hasta avanzado el XX, que los caricaturistas se dieran a la tarea de insistir en comparaciones entre el mundo animal y el quehacer político para criticar y carcajearse de los gobernantes. Tales fueron el caso del gato o el chapulín para representar a Benito Juárez o el chivo para identificar a Carranza o el alacrán para vilipendiar a Zapata. Si bien esto también sucede con Porfirio Díaz al representarlo como un pavo real o a su ambición como una serpiente devoradora de los laureles conquistados por la propia rebelión

tuxtepecana, los dos símbolos (la espada y la silla presidencial) señalados por la autora y que acompañan a las caricaturas de Díaz resultan por demás complejos y abigarrados. La connotación de fuerza y virilidad de la espada o la dimensión de concentración del poder que posee la silla presidencial van transformando sus cargas simbólicas según el tiempo y las circunstancias en que se muestran. La espada de pronto deja de tener una carga positiva y se convierte en clásico recurso del militarismo, y significa el uso indiscriminado y omniabarcador de la fuerza, y la silla, como una viuda insatisfecha incapaz de decidirse por cualquiera de sus futuros amantes, parece muy dispuesta a venderse al mejor postor en el rejuego de una ruleta nacional. En este sentido resulta interesante cómo pocas cosas han cambiado en esta materia en este país durante los últimos ciento veinte años.

Los dos capítulos finales son, desde mi punto de vista, mucho más ortodoxos que el tercero y el cuarto. Dedicando sus páginas a un par de fenómenos muy puntuales y concretos, a saber: los cambios constitucionales y las reacciones tanto de la prensa como del poder frente a la movilización social que provocó la “deuda inglesa”, Fausta Gantús evidencia su peculiar capacidad de análisis e interpretación. La utilización de recursos legales para limitar la libertad de prensa se explican de manera clara y convincente, del mismo modo que se describen y entienden las reacciones relatadas en el último capítulo. El tránsito de una relación un tanto primitiva y en cierta medida elemental entre prensa y poder al inicio de esta etapa tuxtepecana hacia un tenso interactuar complejo por caminos legaloides y “psicologistas”, como los llama la propia autora, queda muy bien expuesto y apunta a una propuesta de interpretación muy original y novedosa.

Finalmente, merece una mención especial la presentación formal de las caricaturas. El libro tiene muy buenos ejemplos gráficos, pero para un volumen que versa en específico sobre la caricatura y el poder político, me parece que dichos ejemplos

resultan un tanto escasos. Si en un libro tan extenso y tan rico en análisis e interpretaciones, la incorporación de poco más de cincuenta caricaturas podría resultar suficiente desde una perspectiva de costos editoriales, para un lector-espectador ávido de ver lo que se ha descrito en el texto de manera detallada y minuciosa, en verdad que ese medio centenar de imágenes generan apenas un dulce sabor de boca; sobre todo cuando dicho lector-espectador busca empacharse con la mieles de Fígaro, Daniel Cabrera, Alamilla, Muller, Villasana, Caifán, y todos esos maestros de *La Orquesta*, *El Quijote*, *La Linterna*, *La Metralla*, *Mefistófeles*, *El Padre Cobo*, *El Rascatripas*, *El Ahuizote* y su irreverente descendencia, y tantos y tantos más. Sugiero, por lo tanto, que en una siguiente edición, a los lectores no se nos escatime la posibilidad de recordar extensamente cómo hace poco más de un siglo la risa, la ironía y la crítica poblaron los periódicos nacionales, y así continuamos burlándonos de y pasando al cadalso de la crítica la ineficacia y la arrogancia de nuestros gobernantes actuales.

Es muy probable que este magnífico libro de Fausta Gantús no tarde en convertirse en referencia obligada de la historia política y cultural del México de la segunda mitad del siglo XIX, y tal vez de la historiografía mexicana en general.

Ricardo Pérez Montfort

*Centro de Investigación y Estudios
Superiores en Antropología Social*

ROGELIO HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, *El centro dividido: la nueva autonomía de los gobernadores*, México, El Colegio de México, 2008, 335 pp. ISBN 9786074620030

De vez en cuando, escribió Ernst Renan, para acertar es preciso estar fuera de moda. Desde el ascenso de los *Annalistas* y la his-